

LOS COMPACUENTOS



LOS COMPAS

Y LA MANSIÓN DE CHOCOLATE



**MIKECRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

mī

LOS COMPACUENTOS



LOS COMPAS
Y LA MANSIÓN DE CHOCOLATE

**MIKCRACK, EL TROLLINO,
TIMBA VK**

m̄r

ÍNDICE

1. ¡Allanamiento de morada!, 6
2. ¡Aventura en la cocina!, 16
3. ¡Descubiertos *in fraganti!*, 28
4. El Manantial de las Gárgolas, 42
5. Perdidos en el bosque, 54
6. Solos en la naturaleza, 68
7. Un refugio de... ¿chocolate?, 80
8. Una agradable anfitriona, 90
9. No es oro todo lo que reluce, 100
10. De vuelta a las andadas, 112
11. El laboratorio secreto de Marisa, 126
12. Condenados a trabajos forzados, 138
13. Buscando una salida, 150
14. Un atracón bien feo, 166
15. Perdidos en los túneles, 178
16. Preparando el elixir de la eterna juventud, 188
17. ¡Pelea en la cocina!, 200
18. ¿Cómo se sale de aquí?, 210
19. La resurrección de Marisa, 224
20. Desenmascarando a don Juan, 238



¡ALLANAMIENTO DE MORADA!

iQué difícil es convivir con alguien cuando no estás acostumbrado! Y más cuando esas personas aparecen en tu casa sin avisar. Eso es lo que debió de pensar la abuela Hortensia cuando vio la inmensa cantidad de envoltorios vacíos y tazas de café que los Compas habían dejado desperdigados por todo su salón.

—¡Anda que lío! —se quejó la pobre mujer—. Si llego a saber que ibais a ser tan descuidados, me habría pensado dos veces el invitaros a mi casa.

—Tranqui, abuela —le dijo su nieto con despreocupación, mientras se recostaba en el sofá de tres plazas que la anciana tenía en el cuarto de estar—. Los albañiles nos han dicho que las obras de nuestra cocina ya no pueden durar mucho más.





Esa frase llevaba diciéndola Timba cinco semanas, que era justo el tiempo que los Compas llevaban instalados en la casa de la anciana.

—Así es —confirmó Trolli, agarrando el mando de la televisión que había sobre la mesilla y cambiando de canal como si estuviera en su propio salón—. Nuestro objetivo es molestar lo menos posible, así que, en cuanto los obreros terminen las reformas, nos volveremos a nuestro hogar.

—Por cierto, abu —dijo Mike, lanzando con despreocupación al suelo el papel de la chokolatina que estaba comiendo y caminando por el pasillo—, no tendrás por ahí uno de tus famosos tápers de lentejas, ¿no? Estar tirado todo el día sin hacer nada me produce un hambre tremenda.



—Pues sí, mira. Justo esta mañana he preparado una cazuela por si acaso —contestó la mujer, dirigiéndose a la cocina y ya de paso limpiando las manchas de barro que el perro iba dejando sobre la alfombra—. Espera un momento, que te saco un plato.

Aprovechando que la anciana rebuscaba en la heladeray no veía nada, los Compas se pusieron a hacer de las suyas una vez más. Timba cerró los ojos y se echó una siestita en el sofá; Trolli, por su parte, se encaminó hacia la mesada y comenzó a servirse la quinta taza de café de la mañana; Mike, mientras tanto, se puso a devorar las cortinas de las ventanas.

—¿Se puede saber qué diablos estáis haciendo? —preguntó la anciana tras levantar la cabeza y ver el pequeño caos que los recién llegados habían producido.



—Lo *fiento afuela*, no *fera nueftra* intención *caufar problemaf* —dijo Mike con la boca llena.

—¡Tú, suelta eso!

El perro asintió y acto seguido escupió el trozo de tela que tenía entre los dientes. Este comenzó a rodar por la alfombra, dejando un reguero de babas a su paso, hasta que se detuvo bajo los pies de Hortensia.

—¡Tú también deja esa cafetera en la mesa! —ordenó la mujer, dirigiéndose hacia Trolli.

—¡A la orden, señora! —contestó el chico, cuadrándose como un soldado.

—Y tú, Timba, ¡despierta! —indicó la abuela, girándose por último hacia su nieto.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado? ¿Cuánto tiempo he estado *esforzándome*? —preguntó el Compa, frotándose los ojos.

La anciana se tapó la cara con las manos y lanzó un suspiro de impotencia. A pesar de la enorme paciencia que tenía, la convivencia con los Compas no estaba siendo nada fácil. Y es que todos los chicos la sacaban de quicio, cada uno a su manera. Su nieto Timba, por ejemplo, la ponía nerviosa, ya que se quedaba dormido en los sitios más disparatados a cualquier hora del día.

—De verdad, querido, no sé cómo puedes *esforzarte* tanto —le decía Hortensia con ironía—. Tienes que acabar con la espalda hecha un ocho.

Por su parte, la convivencia con Trolli no era mucho más sencilla. El chico, hipersensible a todo y a nada, se



pasaba el día cerrando todas las ventanas a su paso con la excusa de evitar alergias imaginarias.

—¡Querido, por favor, deja que corra el aire! —le suplicaba Hortensia, abanicándose con un periódico a las cuatro de la tarde—. ¿Acaso no ves el calor que hace?

—Lo siento, pero no quiero morir asfixiado —decía Trollino muy serio, bajando también las cortinas—. Como ya te he comentado, el polen es mi kriptonita.

Por último, estaba Mike, con el que tampoco era precisamente fácil la vida en común. Solo alimentarlo





era ya un trabajo que requería un esfuerzo sobrehumano y más para una anciana. La habilidad del perro para engullir pantuflas, periódicos viejos, trapos de cocina y bolsas de basura solo era superada por su inagotable disposición para hacer bromas y meterse en líos.

—¡No lo entiendo! —se lamentaba la mujer desesperada—. Este bicho no para nunca de comer.

—Es que es así de fábrica —le explicó Trolli divertido—. Cuanto más engulle, más hambre tiene.

Entretanto, la pobre anciana había probado comprar de todo para calmar el apetito del perro: salchichas, hamburguesas, costillas..., pero nada parecía surtir efecto.

—A ver si con estos langostinos que he comprado esta mañana en la pescadería consigo que deje de zamparse mi mobiliario.

Desgraciadamente, en cuanto la mujer se dio vuelta para cerrar la puerta, la compra desapareció, como por arte de magia.

—No lo entiendo —declaró la asombrada mujer tras cinco minutos de inútil búsqueda—. Había dejado la bolsa de langostinos aquí en el suelo y ahora no está en ninguna parte.

—Sí, la verdad es que es muy raro —dijo Trolli disimulando el bulto que acababa de esconder detrás del sofá. Acto seguido, cuando la anciana no miraba, abrió la ventana un instante y arrojó la bolsa al exterior para deshacerse de ella.

—Ya está —se dijo—. No pienso volver a comer esta porquería en la vida.

A pesar de todos estos incidentes, la paciente Hortensia conservaba casi siempre el buen ánimo con un aplomo y una compostura inquebrantable. El que no parecía llevarlo tan bien era su novio, don Juan.

El hombre, con su pelo blanco engominado y su bigote de explorador pasado de moda, se había ido a vivir con ella hacía un par de meses y toda aquella actividad lo sobrepasaba. De hecho, de puertas afuera era

todo sonrisas y buena disposición, pero en su interior sentía un desprecio por los chicos que apenas podía contener. Cada vez que la mujer salía de la habitación y se quedaba a solas con Mike, Timba y Trolli, su sonrisa se transformaba en una mueca de desagrado. Eso sí, el hombre sabía disimular bien su irritación, de modo que nadie se percató de ella... ¿Nadie? Bueno, no. Trolli sí lo notó, así que un día llamó a sus amigos para hablar sobre el extraño comportamiento de don Juan.